

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 247

Valencia, 6 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

¡FRANCO, NO! ¡CRISTO, SI!

La santidad de las costumbres no se logra con la violencia de las armas

¡Ni apóstata, ni hereje, ni cismático! Soy sacerdote, religioso capuchino y amo a la Iglesia, creo en sus dogmas y obedezco a sus jerarcas.

Mi vida, hasta el presente, fué como un cirio que en la penumbra mística del Convento, dió su llama ante el altar, y en las calles y en las plazas irradió la doctrina del Evangelio. Desde los doce años han transcurrido mis días entre los pliegues de la quistera estameña franciscanocapuchina. Y mi mente y mi corazón se empaparon de las luces y de los fervores de la religión. Diecisiete años de vida conventual, han remachado en mí la fe, en cuyo servicio puse la cosecha intelectual de mis estudios. Y de ella he dado muchas veces testimonio durante mis cuatro años de apostolado en la cátedra, en la Prensa y en el púlpito. En colegios de niños y de jóvenes, en monasterios de monjas y en conventos de religiosos: en las diócesis de Burgos, Navarra, Tarazona, Jaca y Huesca, resonó mi palabra predicando a Cristo. ¡Púlpitos de Zaragoza! ¡Altavoces de mi celo! ¡Atalayas de mi fe! Vosotros, muchas veces, habéis oído restallar el flagelo de mi voz, azotando con bravura a los cínicos farsantes que desfiguran la religión de Cristo, tergiversando sus preceptos, desdibujando los caminos que llevan a Dios.

En los días de mi apostolado, como en aquellos del retiro conventual, vieron mis ojos muchas vidas arrastradas por el fango del odio, de la corrupción y de la injusticia: ¡Vidas de católicos! ¡De los más fanáticos precisamente! Y al mismo tiempo que mis ojos se cegaban con el escándalo del violento antagonismo entre las doctrinas predicadas y las conductas seguidas, las pupilas de mi espíritu, sedientas de la verdad, se clavaron serena, intensa, tenazmente en las páginas del Evangelio, donde vibra la palabra de Jesús, verdad y vida. Buscaba la verdad para poder vivir, pues ya comenzaba yo a asfixiarme en aquella atmósfera enrarecida. ¡La verdad! Que vivifica la mente, como el amor da la vida al corazón. ¡Amor y verdad de Cristo! No os encontraba en las costumbres del clero, en las de los fieles.

Estaba yo leyendo la Biblia, cuando llegó a turbar el silencio de mi celda el estruendo de las armas. Y en el lago tranquilo de mi espíritu, se levantaron encrespados recuerdos de guerra. ¡Zaragoza, rebelde al Gobierno legítimo de la Nación! Se había iniciado la guerra civil. Se desbordaron los odios fraticidas y se enrojeció con la sangre de los hermanos: de los hermanos obreros.

La santidad de las costumbres no se logra con las violencias de las armas, sino por el retorno de los corazones al Evangelio.

Lo ignoraban aquellos hombres que alzaron bandera de guerra al grito de «¡Por Dios y por la Patria!» Supongo que la Patria no pedía la sangre de sus hijos para disfrutar de paz. Sostengo con firmeza que Dios abominaba, y hoy maldice, al que desenvainó la espada con pretexto de defender la religión, que no admite otra defensa ni otro argumento de subsistir que una sola sangre: ¡La redentora sangre de Jesucristo!

Lo ignoraban los militares. Lo olvidaron muchos católicos. Lo callaron aquellos cuya obligación es el protestar, en el nombre de Cristo, del derramamiento de una sangre doblemente hermana por española y por católica. Y se condenó a la esclavitud de la

zarpa de hierro del militar que la atenaza; al aborrecimiento del pueblo que la ve prostituida, y a la muerte. Porque la Iglesia, cuando sale de su atmósfera, que es lo espiritual, y se sumerge en los asuntos terrenes, atenta contra su vida.

¡Iglesia de Cristo! El mundo te admira y te sigue, cuando te contempla santa y pura, amorosa y caritativa, protectora del pobre y defensora del débil; cuando hablas y obras conforme a Cristo. Pero, cuando predicas amor, y fomentas odios; cuando predicas caridad y abandonas al pobre para servir al rico; cuando te olvidas de lo espiritual, que es tu reino, para conquistar la tierra o servir a los señores de ella, el mundo te aborrece y te persigue, como a falsaria que vendes, o finges, o callas, criminalmente, la doctrina de tu Fundador. Por esto eres mal querida de no pocos españoles. Yo te hablo, como un hijo que ama a su madre y llora porque la ve aborrecida, vilipendiada, perseguida por sus pecados.

¡Pecados de la Iglesia española, llorados amargamente por tantos ojos que la contemplan con dolor!

La sacrilega mentira de los que afirman con sus labios el Evangelio, y lo niegan con sus obras, me horrorizó en la zona rebelde. Y afrontando los peligros, sin temer al incendio de las iras, ni al torrente de los improperios, ni al huracán de las maldiciones, hui triunfante por los caminos de tierra y de mar.

Soy fugitivo de la zona rebelde. ¡Ni apóstata, ni hereje, ni cismático!

Amo la luz; allí reinan las tinieblas. Amo la verdad; allí impera la mentira. Amo la palabra de paz y amor a Cristo; allí se impone la de un hom-

“¡Iglesia de Cristo! El mundo te admira y te sigue, cuando te contempla santa y pura, amorosa y caritativa, protectora del pobre y defensora del débil; cuando hablas y obras conforme a Cristo. Pero, cuando predicas amor y fomentas odios; cuando predicas caridad y abandonas al pobre para servir al rico; cuando te olvidas de lo espiritual, que es tu reino, para conquistar la tierra o servir a los señores de ella, el mundo te aborrece y te persigue, como a falsaria que vendes, o finges, o callas criminalmente la doctrina de tu fundador.”

LA SA-
crilega mentira de los que afirman con sus labios el Evangelio, y lo niegan con sus obras, me horrorizó en la zona rebelde

Amo la luz; allí reinan las tinieblas. Amo la verdad; allí impera la mentira

bre que desencadenó la guerra y amordazó el Evangelio. ¡Franco! ¡Anticristo! Dice no destruir los templos católicos y sus abusos pulverizaron muchas iglesias, y su dinero erigió mezquitas a Mahoma. No despoja de sus bienes a la Iglesia, pero invierte sus tesoros en pagar al musulmán que defiende su fajín. Respeta a los ministros de Dios, pero las armas de sus soldados se enrojecieron con la sangre de sacerdotes católicos.

Y los obispos y los curas y los frailes ¡callaron! «Pierros mudos», los llama la Biblia.

Y entretanto que muchos sacerdotes y religiosos venerables por su virtud, su ciencia y su edad, salían para el destierro e ingresaban en la cárcel, en las iglesias y en las calles se rezaba por el triunfo de Franco. ¡Pueblo imbécil! No llames al Anticristo, pues lo tienes al mando de moros, alemanes e italianos que atentan contra la independencia de su suelo y contra la pureza de tu fe.

¡Ocultaron la verdad de Cristo y disimularon sus senderos!

Y el pueblo católico se entregó a la orgía de los odios fraticidas, de la corrupción de las costumbres, de la falsificación del Evangelio!

Y juntaron en vitores blasfemos los nombres de Cristo y de Franco!

¡Ved ahí el hombre! ¡Franco! Causa y mantenedor de la guerra civil, caudillo de invasores de la Patria, jefe de devastadores de pueblos, capitán de profanadores de moradas y de vírgenes, generalísimo de asesinos de pastores protestantes y de sacerdotes católicos. ¡Ese es el hombre por quien la Iglesia y el pueblo católico rezan en la zona rebelde!

¡Cristo fué olvidado! Predicó la paz, el amor, la fraternidad, el respeto a la hacienda y a la honra, a la virginidad y a la inocencia. Y maldijo a los corruptores de la religión y profanadores del templo. Y a su paso iluminó los caminos de Judea con los fulgores de sus milagros en beneficio del pueblo; hizo resonar las calles y las plazas con su palabra de amor al pobre, y chasqueó el látigo de su maldición sobre el metalizado corazón de los opulentos y tiranos capitalistas. Multiplicó los panes y los peces, los prodigios y su amor para saciar al pueblo que tenía, como hoy, ardorosas las fauces por el fuego del hambre y sed de pan, de verdad, de amor y de justicia. Dió su Evangelio y su sangre por la salvación del pueblo. A este Cristo olvidaron muchos que se llaman ministros suyos y seguidores de su palabra.

¡Creo en Jesucristo, redentor del pueblo!

Abomino de ese clero y de esos católicos; no de la Iglesia verdadera, sino de los que prostituyeron la doctrina y el altar para servir a esos hombres que están explotando la religión en provecho de sus entorchados. ¡Ni apóstata, ni hereje, ni cismático! Soy sacerdote, religioso capuchino, al servicio de la verdad en beneficio del pueblo.

Padre SALVADOR DE HIJAR

N. de la R.—El Padre capuchino conocido en el mundo religioso por Salvador de Híjar, es D. Manuel Cardona Iñigo, renombrado predicador español, evadido del campo faccioso para reintegrarse a España y del cual publicamos ayer unas declaraciones a su llegada a Valencia.

Armamentos y paz

Por Guglielmo Ferrero

El gran programa de armamentos que Inglaterra está llevando a cabo desde hace un año, es considerado en general como una verdadera promesa de paz. Se dice que, el día en que Inglaterra esté formidablemente armada, los Estados mal intencionados, que actualmente propenden a la guerra, se volverán definitivamente obedientes y pacíficos, de buena o mala gana.

Es posible. Pero, por otra parte, hay que admitir también que, hasta ahora, los armamentos ingleses producen un efecto completamente opuesto, y ésta es una de las causas de la guerra de España, que dura desde hace más de un año, y de la guerra de China, comenzada en fecha reciente.

¿Por qué razón Italia se ha lanzado con todas sus fuerzas a la guerra española?

Porque desde hace un año vive en el miedo al frenético rearme británico. Este miedo se ha convertido en herbe general, que va desde el rey y Mussolini hasta las masas populares, si bien en éstas el temor se mezcla con cierto deseo y esperanza de liberación. Pero el Gobierno tiembla; se ha lanzado de cabeza a la aventura de España, porque espera poder reforzar sus posiciones en el Mediterráneo occidental, para el caso de una guerra con Inglaterra. Sin duda, se ha metido en la cuestión española creyéndola más sencilla y fácil de lo que es. Pero, habiéndose empeñado, difícilmente encontrará el camino para retirarse, e insistirá en su intervención; debatiéndose entre el miedo a Inglaterra y la esperanza de que ésta no tome por ahora ninguna determinación decisiva con respecto a España. De ahí la continua vacilación en los propósitos.

En el caso del Japón, es distinto. Una persona que conoce a fondo el Extremo Oriente, me anunció hacia fines de 1936 que en ese año empezaría una nueva guerra entre China y el Japón. «El Japón —me dijo—, aprovechará, con toda seguridad ese momento, porque no estando Inglaterra preparada, dejará hacer, mientras que dentro de dos o tres años podría chocar contra resistencias y obstáculos mucho más fuertes.»

¿Qué significa todo esto?... Significa que los armamentos son un arma de doble filo. Pueden asegurar la paz, pero pueden también precipitar la guerra. Para que aseguren la paz, es necesario que los Gobiernos pacifistas sepan utilizarlos: es un arte difícil, que, al parecer, va desapareciendo día por día en Occidente. Gritar a los cuatro vientos, como hace Inglaterra desde hace un año: «De momento no me muevo porque no estoy preparada; pero esperad y veréis lo que soy capaz de hacer cuando tenga armamento»; esto equivale a plantear el problema de la paz ante el mundo de una manera tan provocadora y mal intencionada que incita a aprovechar la ocasión. Y es lo que Italia y el Japón han hecho: no habría que extrañarse si el ejemplo fuese imitado. Dos años representan un espacio de tiempo relativamente largo y nadie puede afirmar con seguridad que dentro de dos años Inglaterra se encontrará verdaderamente fuerte.

Y el Japón ha sido también alentado por la ley de Neutralidad votada por los Estados Unidos. Dicha ley representa —sobre todo si la opinión pública persistiera en su actual orientación— la completa seguridad para todos los Estados que sientan deseos de abusar de su fuerza en perjuicio de una nación más débil, de que puedan hacer lo que quieran sin ningún temor a América.

«Nosotros vivíamos en una época extraña. De 1815 a 1914, el mundo entero vivió en paz, pero ésta no ha sido perpetua. Produjéronse, es cierto, algunas guerras en todos los continentes, pero casi todas fueron de poca duración y se consiguió siem-

pre localizarlas con facilidad. ¿Cuál es el motivo de que la paz haya podido durar un siglo en todos los países? Porque todas las potencias tenían encontrarse frente a una coalición de naciones. El mismo Bismarck estuvo continuamente atormentado por la pesadilla de una coalición: ésta fue una de las razones por las cuales no abusó de su fuerza después de 1870. Aquella era una verdadera seguridad colectiva, sobreentendida y discreta, que los Estados habían organizado sin decirselo y casi sin saberlo. Ha estado en vigor durante un siglo en casi todos los continentes, dando importantes resultados.

La guerra estalla en 1914. El mundo cree que todo lo que se hizo durante el siglo XIX, no vale nada; que es necesario empezar de nuevo y hacerlo mejor: organizar la seguridad colectiva de una forma pública, oficial, jurídica y protocolaria. Los juristas emplearon todas las teorías destinadas a poner la guerra fuera de la ley y asegurar la paz perpetua. Se instala la Sociedad de Naciones a orillas del Lemán, con un número incalculable de máquinas de escribir y de teléfonos y con la misión de imponer el derecho en el mundo. Pero desde entonces, siempre que un Estado más fuerte ha atacado a un Estado más débil, todo el mundo se ha retirado y el débil ha sido abandonado entre las garras del agresor. China fué abandonada por todos en 1931-1932; Etiopía en 1936; España, en 1937, y China se halla ahora en la misma situación. El miedo a las coaliciones, que fué suficiente para asegurar al mundo la paz durante un siglo entero, se ha convertido en un espantapájaros ridículo del cual se burlan todos los Estados.

He aquí el gran progreso que ha realizado el mundo después de la Gran Guerra merced al pretendido régimen de derecho que se quiso establecer en 1919. La realidad es que aquellos que desencadenaron la guerra en 1914, no fueron capaces, una vez terminada, de volver a ponerle la cadena. El mundo entero corre el riesgo de sumirse en una situación análoga a la que vivió Europa entre 1797 y 1914; las guerras se suceden como los eslabones de una cadena, nacen una de la otra, a través de una paz precaria, siempre fruto del miedo general. Sin la guerra etiópica, no existiría la guerra española; sin la guerra de España no hubiera estallado la guerra en China: la cadena empieza y cada guerra nueva que se provoca es más grave.

Es necesario que la opinión de los grandes países libres se dé cuenta de la situación, que es la más peligrosa que se ha producido en Europa desde el comienzo del siglo XIX. Hace falta que la política de los grandes Estados sea conducida de una manera sensata y enérgica; pero ello no será posible hasta que la opinión de los países libres se convenza de que para asegurar la paz, no es preciso emplear la fortuna que da la tierra en armamentos. Los armamentos pueden ser completamente inútiles o servir para provocar las grandes guerras hasta cuando la política de los Estados sea la de salvar la paz, pues dan al Estado más fuerte facilidades para abusar de su poder.

Lo que debe hacerse es hablar menos de la política de seguridad colectiva y practicarla como se hacía en el siglo XIX. Y, para practicarla, es necesario también, en algunos momentos, arriesgarse. Precisamente porque la paz es el más precioso de todos los bienes, no se puede aguardar a obtenerla gratuitamente, o sea, solamente desfilfarrando dinero en armamentos. No se salvará el mundo hasta que los pueblos hayan comprendido esta verdad.

(«Stampa Libera», 21-IX-1937.)

AYUDA ENEMIGA

Los fascistas fracasan en Francia

El complot fascista que se ha descubierto en Francia, es un servicio más que inconscientemente nos prestan nuestros enemigos. Ya hemos dicho en otra ocasión que tenemos que agradecerles no pocos triunfos. En vano decíamos al mundo que lo que ahora nos ocurre a nosotros no es sino una muestra de lo que les ocurriría después a los países que parecían dispuestos a pasar por todo antes que privarse de los deleites de la paz. Nadie nos lo creía. Les parecía casi natural el que las potencias totalitarias la emprendiesen contra nosotros; pero provocar Inglaterra y a Francia ofrecía demasiados peligros para que llegase a ser un hecho. Nuestras advertencias eran tomadas como argumento interesado. Habría hasta quien nos mirara con cierta compasión, porque osábamos equipararnos a las grandes potencias, aun cuando sólo fuese en lo tocante al supuesto destino común. Fué menester que el mismo Mussolini nos ayudara para que se viese que teníamos razón. Ya era ducho él en el arte de pasarse, puesto que llevaba varios años ejercitándolo; pero todavía sus excesos reconocían un cierto límite, más allá del cual era el duce capaz hasta de cierto comedimiento, particularmente en el trato con alguna gran potencia. Poco a poco, sin embargo, fueron perdiendo en efectividad sus desmanes. A la manera de los toxicómanos, tanto él como sus admiradores, pedían mayores dosis de día en día. Y tuvo, al fin, que arremeter contra las grandes potencias; mas, no osando hacerlo cara a cara, inventó el disfraz de la nacionalidad desconocida. Desconocida, por lo menos, para los miopes jueces internacionales llamados a juzgarla y, acaso, acaso, aun a sentenciarla. Pero bien sabe todo el mundo cuán contraproducente fué el recurso de la piratería. Sirvió, sí, para hundir no pocos barcos mercantes de diversas nacionalidades. Demasiados, más que por el número de buques, por el de naciones afectadas.

Precisamente por esto sirvió también para aumentar el número y la importancia de los enemigos del régimen totalitario. Sirvió, sobre todo, para poner en contra de sus procedimientos criminales a las principales potencias democráticas. Resultado: que, desde hace cerca de un mes, Mussolini no ha tenido a bien hundir un barco, ni siquiera embozándose en el disfraz de la nacionalidad desconocida; no ha tenido a bien hundir ni un barco español, no obstante que la protección acordada en Nyon no alcanza a nuestra bandera. Si el duce se hubiese propuesto favorecerlos, no lo habría logrado con más facilidad.

Ahora los fascistas nos han dado otro triunfo en el frente internacional. Les interesaba sobre manera provocar desórdenes en la República vecina. Francia en revolución o siquiera en un estado que pareciese prerrevolucionario, quedaría pronto aislada en la política europea, pues no sería ya de gran utilidad como aliada.

Rota así la liga que nuestra vecina tiene, por un lado, con Inglaterra, y por otro con Rusia, los países totalitarios se harían fácilmente preponderantes en la política de Europa.

Por otra parte, se avecinan en Francia las elecciones cantonales, de las que, juzgando por diversas manifestaciones recientes de la opinión pública, se espera una doble derrota de las derechas: una, inmediata, consistente en una mayoría abrumadora a favor del Frente Popular, y otra, consecuencia de ésta, cuando se celebre la elección de senadores, ya que la mayoría izquierdista que triunfe en los co-

micios cantonales servirá para elegir después senadores del Frente Popular, con lo que se logrará impedir que el Senado siga siendo un obstáculo para las reformas económicas y sociales que a todo trance reclama el proletariado francés, pero que el capitalismo se obstina en retardar. Hay que advertir que, mientras que la opinión pública ha dado a la Cámara de Diputados un carácter izquierdista, el Senado, desoyendo ese mandato popular, ha tenido la osadía de imponer su anacrónico criterio, hasta el punto de provocar la crisis que motivó la sustitución de Blum por Chautemps. Las elecciones cantonales, llamadas a preparar el terreno para cambiar tan absurdo estado de cosas, se celebrarán el día 10 del corriente.

El movimiento fascista estaba fijado para el día 8. Y, como se ha publicado ya, se iba a poner en marcha, con armas, bombas y explosivos importados por la frontera de Francia con la España rebelde. He ahí el premio que los fascistas iban a otorgar al pueblo francés por haber tenido cerrada para nosotros la frontera desde el comienzo de la malhadada no intervención. Por fortuna, el oportuno descubrimiento del complot y los diversos actos terroristas con que los agentes de los Gobiernos totalitarios trataron de sembrar la alarma en Francia como preludio de cosas mayores, han servido para dar a nuestra vecina una idea bastante clara de lo que se proponían los fascistas y, por consiguiente, de lo que ella ha salido ganando con cerrar nuestra frontera y dejar que el resto de los Pirineos cayese en manos de nuestros enemigos, que son también de las demás democracias, y más particularmente de la francesa, por estar más próxima. Visto todo ello por el pueblo francés, es más que probable que el Frente Popular obtenga el próximo domingo una mayoría aún más aplastante de lo que todo el tiempo se esperaba, lo que, indirectamente, significa un triunfo mayor para nosotros.

Por mar y por tierra, pues, los fascistas se han encargado de ayudarnos a conseguir que las potencias pacifistas se conduzcan, ya que no como aliadas nuestras, si como enemigas de ciertas condiciones que nos han sido funestamente hostiles. («El Socialista», Madrid, 5-X-37.)

Aviones desmontados de fabricación italiana, preparados para enviarlos a la España rebelde

Frontera italo-suiza, 30 de septiembre. — Los talleres de Pontedera (provincia de Pisa), fabrican aviones y material de guerra. Actualmente salen de esos talleres varios vagones cargados de aviones desmontados, con destino al ejército rebelde.

Se sabe que esos vagones atravesarán el territorio francés, para penetrar en la zona rebelde española. — Agencia España.

Una Exposición de Arte español

OSLO. — La Asociación de Artistas noruegos ha organizado en Oslo una Exposición de cuadros a la que han enviado sus obras cerca de cien pintores españoles. Entre los expositores, se encuentran artistas de fama mundial, tales como Picasso.

Los beneficios de la Exposición se entregarán al Comité de Ayuda a España.

Los pastores protestantes yanquis contra Franco

NUEVA YORK, 4, 10 noche. — En contestación a la defensa del cabecilla fascioso Franco, hecha por los obispos españoles, ciento cincuenta pastores protestantes han publicado una carta abierta, en la que condenan la actitud de dichos eclesiásticos.

Declaran: «La tentativa de los pastores españoles para justificar la rebelión militar contra el Gobierno legítimo español constituye un hecho alarmante y denota sentimientos de hostilidad hacia un Gobierno popular

y hacia la libertad de conciencia, así como hacia los principios que nosotros, americanos, amamos profundamente.»

La carta añade que los obispos españoles no hacen ninguna mención de la participación de Italia, Alemania y los moros en la guerra a favor del traidor Franco. Hace observar que el conflicto es una lucha entre las fuerzas democráticas y el progreso social, por una parte, y las clases privilegiadas, aliadas con los fascistas, por la otra.

Los firmantes de la carta opinan que es lamentable que los obispos se erijan en campeones de la reacción y el fascismo, y terminan diciendo:

«Nos es difícil creer que la carta

Este BOLETIN se reparte gratuitamente

de los prelados define la actitud de la Iglesia católica ante la invasión fascista de la España republicana. Dichos prelados no ganarán ninguna simpatía en los Estados Unidos, después de su declaración arbitraria, en la que tratan con tan gran desprecio los principios mismos que constituyen la herencia más preciada del pueblo norteamericano.»

Un católico en la España leal

(El autor de estos artículos es un descendiente de la rama católica de la antigua familia aristocrática de Francia, que viene de Federico I. A sus antepasados se debe la fundación y el progreso del partido centrista alemán.)

De los artículos publicados por Humberto Federico, príncipe de Loevenstein, en el «National Zeitung», de Basilea, los días 23 y 28 de septiembre, transcribimos los siguientes párrafos:

Antes de marchar a España, amigos demasiado celosos me han dicho: «Cuidado; de cualquier manera que pienses, te van a fusilar, porque eres católico, y también por tu título». Ahora he vuelto sano y salvo, y tengo detrás de mí las semanas más interesantes de mi vida, en las cuales he sido recibido, no sólo por las autoridades, sino por los particulares que conocían mis ideas y mi título, de la manera más cordial.

Ya a mi llegada al aeródromo de Barcelona, donde me recibieron un representante del Gobierno y un miembro dirigente del partido popular católico Unió Democràtica, tuve ocasión de decir que no venía como curioso; que lo que yo contaba a mi regreso interesaba mucho a los católicos de todo el mundo, y que, además, quería transmitir los saludos de la juventud católica democrática de Alemania —cosa que su delegación en Londres me ha pedido expresamente. Después de lo cual, me han prometido que podría ver todo lo que quisiera y hablar con cualquier persona que me interesara, promesa que han mantenido lealmente. Si en las calles de Barcelona las inscripciones que indican refugios contra los bombardeos por aire y por mar y los carteles que muestran el «efecto de las bombas de 25, 250 y 1.000 kgs.» no hablasen tan elocuentemente, no se notaría que hay guerra. La vida en los campos entre el aeródromo y la ciudad sigue su curso normal: se ven campesinos en sus carros, los hombres pasean y compran cosas, y los niños juegan. Sin embargo, escuchando más de cerca, pueden oírse palabras como «bombardeo», «trimotor», «aviación», etc., y para comprenderlas no hace falta conocer el castellano y el catalán.

En la tarde del primer día me conduce a través de la ciudad el joven ministro de Propaganda Juan Miravittles. He visto la catedral perfectamente conservada y el convento de Pedralbes, de los cuales he leído veinte veces por lo menos que estaban destruidos. El mismo día he sabido que en Barcelona se celebran diariamente dos mil misas —en casas particulares, pero con conocimiento del Gobierno. Pronto tuve ocasión de asistir a una de estas misas.

La Generalidad de Cataluña, que es, incluso en los círculos antifascistas, se había frecuentemente con poca simpatía, a pesar de las críticas circunstancias de la guerra civil, ha creado cosas admirables, ha abierto escuelas públicas y asilos para evacuados, una biblioteca ambulante para los frentes y hospitales ejemplares.

Los elementos perturbadores que se atribuyen a la anarquía de Cataluña, con frecuencia no son catalanes; ya antes de la guerra, Cataluña albergaba, entre sus tres millones y medio de habitantes, 500 mil forasteros, en su mayor parte de Murcia, y, según me aseguran, elementos semiafricanos y sin disciplina. Hoy, Cataluña ha recogido más de millón y medio de refugiados.

La campaña de calumnias contra Cataluña tiene su origen en la guerra española de sucesión, en la venganza personal de los Borbones victoriosos contra el país que había luchado al lado de los Habsburgo. Hoy es un tópico político el que Cataluña no cumple con sus deberes como podría hacerlo. Además,

se considera a los catalanes como particularmente perseguidores de la Iglesia.

En cuanto a lo último, hay que decir que antes del movimiento, las destrucciones de iglesias en Cataluña eran obra, no de la población, sino de los «forasteros» incontrolables. En cuanto a lo primero, hay que notar que Cataluña tiene solamente en el frente de Aragón, 250 mil hombres en armas, porcentaje muy alto de la población.

El pueblo de Barcelona, casi desarmado, después de vencer a las guarniciones sublevadas, salió rápidamente de la ciudad en camiones para rechazar al enemigo. Lo cual ha hecho también que hoy la línea de combate esté a trescientos kilómetros al Oeste de Barcelona. Se puede recorrer el campo durante horas sin notar nada de la guerra. Lo primero que se ve cerca de Lérida son extrañas indicaciones, casi como para turistas: «Al frente de

Aragón». Antes de llegar a Bujaraloz, última avanzada de las tropas republicanas, en dirección a Zaragoza, cuartel general del Ejército del Este, no se ven embudos de obuses ni de bombas.

En el cuartel general he visto un cartel: «Camarada, saludar a los superiores no es un signo de humillación, sino de respeto». Una advertencia ya casi superflua: este Ejército que resiste al ejército regular y a las dos más fuertes po-

tencias militares de Europa, es en sí mismo una unidad cerrada.

Más allá de Bujaraloz, empieza la guerra verdadera —y aquí quiero decir lo que me parece más horrible: es esta extraña mezcla de paz y muerte que se encuentra por todas partes en España: hasta en las inmediaciones de las posiciones más avanzadas se hace la siembra y la cosecha; en muchos sitios las trincheras están cubiertas de hojas de vid, y algunas avanzadillas, a trescientos metros de los cañones fascistas, parecen una aduana en la frontera de Liechtenstein-Austria; y con todo eso España ha tenido en un año tantos muertos como Francia en cuatro de guerra mundial.

Cuando por la mañana seguimos el camino hacia aquel frente —habíamos pasado la noche en un aeródromo, donde los pilotos no tienen más de 23 años—, nos dicen que vigilemos a los aviones italianos «Fiat»: «Tiene una especialidad insuperable: siguen los autos, bajan hasta cincuenta metros y tiran sobre ellos con ametralladoras».

La carretera que seguimos a lo largo de los cerros de Monte Aragón, inmediatamente detrás de las líneas republicanas que cercan la ciudad de Huesca, tiene algo de particular: está casi abierta a las baterías fascistas. Aquí pasaremos la primera aventura de frente que no había imaginado nuestro chófer alemán, el camarada Ernesto.

No se puede creer cómo lo extraño se convierte en común; si no fuera así, nadie podría hacer una guerra.

Pero de todo lo que he vivido en las semanas siguientes, como ejemplo de esta verdad, me acuerdo, sobre todo, de una escena:

Estuve en una posición, a doce kilómetros de Zaragoza (por los gemelos se podía ver muy bien la catedral del Pilar), con el general Kleber, el defensor de Madrid, que ahora hace su servicio como cualquier oficial del frente en las primeras líneas. Nuestra conversación, ya un poco perturbada por el fuego de artillería del enemigo, fué interrumpida completamente por un voluntario, joven obrero de Hamburgo:

—Los dos tanquistas muertos, general —dice—, no se podía hacer nada.

—¿Por qué —preguntó Kleber—

—Porque los fascistas han cargado sus granadas antitanques con esta nueva invención alemana, el «Termito», que estalla en el tanque, produciendo un calor de cuatro mil grados, y todo se funde como la nieve.

Hubo un rato de silencio. Después dijo Kleber:

—¿Y ahora? ¿No hay más voluntarios para los tanques?

—¿Que no hay más voluntarios? ¡Masas de voluntarios!

Entonces me pareció que esto podía compensar mucho lo que se hace en España en nombre de Alemania: la obra inolvidable de la destrucción de Guernica y de Almería, o este hecho que he visto yo mismo cuando delante de Belchite cercada (ahora Belchite ha caído en poder de los republicanos), aparecían los «Junkers» alemanes y tiraban toneladas de bombas sobre los leales.

Un poco después llegué al pequeño pueblo de Osera del Ebro: las casas y la iglesia estaban destruidas por las granadas que acababan de estallar. Todas eran productos alemanes, como se podía comprobar fácilmente, porque una gran parte no había estallado. Me han dicho que este fenómeno se produce en varios frentes; quizá es un síntoma agradable de las verdaderas opiniones de los obreros de las fábricas de guerra de Alemania.

A pesar de esto, no se puede evitar que los españoles tengan sentimientos muy amargos viendo su país tratado de este modo. Cuán-

(Continúa en la página siguiente)

Los «horribles crímenes» por los que han sido condenados a muerte los sacerdotes vascos

Así lo dicen los fascistas... Así lo escribe su Prensa... El órgano fascioso «La Gaceta del Norte», de Bilbao, reseñando la vista de un juicio en el Tribunal especial de esta ciudad, da los detalles siguientes de las sentencias dictadas contra los sacerdotes vascos y de los «horribles crímenes» que las motivaron:

El padre Aranguren, carmelita, condenado a muerte por haber pronunciado un sermón ante las tropas gubernamentales; sacerdote Manuel Arsua, condenado a muerte también, por haber dicho misas en una fiesta religiosa organizada por los gubernamentales. Los sacerdotes Sotero, Lagarra y Batia, por el mismo delito, sufrirán treinta años de prisión. Otros sacerdotes han sido condenados a penas que oscilan entre seis y doce años de trabajos forzados, por haber prestado ayuda espiritual a los soldados de la República. Han sido igualmente condenados a muerte: Melchor Hospitalet, periodista, y Demetrio, dueño de un «restorán», este último por haber servido comidas a miembros del Gobierno autónomo vasco.

Ya hemos señalado la feroz represión realizada por los fascistas en el País Vasco, a la que no ha

escapado el clero. Si volvemos a hablar de ella, es por los detalles que hoy podemos facilitar, detalles que no podrán tacharse de inexactos, ya que los han publicado los mismos fascistas en los términos que acabamos de reproducir. Aprovechamos esta circunstancia para recordar, una vez más, que si, en los primeros días del levantamiento militar fascista, el pueblo, con justa cólera, cometió violencias contra los sacerdotes sorprendidos con las armas en la mano, luchando al lado de los rebeldes contra la República, por el contrario, los verdaderos servidores de Dios, que no tomaron parte alguna en la insurrección, no fueron molestados en absoluto. Se han dado gran número de pruebas de esto. Muchas personalidades religiosas y laicas que han ido a visitar la España republicana, han dado su opinión a este respecto. ¿Que las gentes de buena fe, que los auténticos cristianos, tan a menudo engañados con motivo de los referidos crímenes cometidos por los «rojos», sepan dónde están los verdaderos criminales! Que las gentes honradas comparen y juzguen...

(«Le Peuple», Bruselas, 1-IX-937.)

La «kultura» de los incendiarios

¡Despierta, Europa!, gritó el ministro de Propaganda del III Reich a los miembros del partido reunidos en Nuremberg, y explicó nuevamente el plan de expansión del régimen nacionalsocialista, el «complot» de los confabulados foragidos fascistas contra la paz del mundo. Los brazos del verdugo del III Reich, están ya cansados, pero han de continuar su macabro trabajo. Las celdas de los condenados a trabajos forzados están llenas. En los campos de concentración siguen martirizando horriblemente a los presos. Pero Goebbels considera como un paso más hacia la «Kultura» la supresión de las matraces de la Policía. Hablan de cultura, en tanto que los verdugos prosiguen su sangriento trabajo y las bombas de sus aviones destruyen a mujeres y a niños y destruyen las obras de arte. Guernica y Almería son productos de la «Kultura» del régimen nacionalsocialista. En su discurso sobre España, Goebbels explicó lo que él entiende por cultura. El incendiario de libros y cuadros se permitió en Nuremberg, la ciudad de Alberto Durero, hacer descripciones pornográficas como no se habían oído nunca. Habló también de asuntos sexuales para despertar los más bajos instintos de sus oyentes, inventó cuentos de miedo en los que demuestra su pesada fantasía, característica del nivel cultural de los «nazis». El majadero Goebbels fué apoyado en su programa «Kultura» por el farsante Rosenberg, el cual también le acompañó en la descripción de actos sádicos.

Al aventurero Rosenberg, de obscura procedencia y de dudoso pasado, le fué otorgado, a cambio de unas palabras mal habladas, un premio de 100.000 marcos. De todas maneras, no tuvieron en Nuremberg el cinismo de conceder un premio de paz. Rosenberg, que no domina el alemán, recogió su premio y tomó la palabra. En seguida se vió que es un mero inventor de mentiras. Esta vez se refirió a un escrito de Zangwell aparecido, según él, en Nueva York, y Zangwell hace ya más de doce años que murió y nunca se preocupó de la correspondencia de los judíos. Volvió a mentir en todos los puntos de su discurso. También habló contra el protestantismo y le dió por falsificar dichas doctrinas. Las palabras venenosas que lanzó sobre la Iglesia y los creyentes, son una nueva demostración de la inquietud de los nacionalsocialistas por las dificultades con que tropiezan con las

masas creyentes. Las palabras de Rosenberg demuestran que el nacionalsocialismo va contra todo cristianismo porque estorba a la política opresora del III Reich, porque no se quiere que, en caso de guerra, sus masas tengan instintos humanos. Rosenberg culpa a las Iglesias de no haberse mostrado capaces en la lucha contra el caos. Por caos entiende Rosenberg no otra cosa que los derechos de las personas y la libertad del pensamiento.

El largo discurso de Hitler sobre el programa «Kultural» de Nuremberg fué una reacción contra los ataques que se le dirigieron por el que pronunció en la apertura de la Exposición de Arte de Munich y por la destrucción de cuadros por los nacionalsocialistas. Hitler se vió obligado a confesar que no eran buenos esos actos de los suyos; pero trató de disculpar a sus protegidos. El autor de «Mein Kampf», el cual está escrito en un alemán pésimo, confesó también que es difícil aprender y entender las expresiones del idioma. En su oración ensalzó el romanticismo, y todos recordamos que prefirió un cuadro que representaba un montón de casas destruidas durante la Gran Guerra a otro cualquiera. Las ruinas de Guernica, testigos de los bombas alemanas, son los modelos que prefiere Hitler y los pintores que le presentan dichos cuadros son sus predilectos.

Hitler ensalzó también a los maestros del pasado y explicó los trabajos realizados durante siglos, que son los mismos trabajos que el nacionalsocialismo quemó, tales como el «Nathan», de Lessing y el «Don Carlos» de Schiller, que prohíbe leer. El es quien falsifica la procedencia de Durero, quien permite que se bombardeen los tesoros de España, quien mata con sus bombas y granadas a mujeres y a niños del pueblo español. Es una ironía que Hitler hable de obras de arte, de cultura; es una ironía que queda inadvertida ante el grito de guerra «Despierta, Europa», que lanzan los martirizados en los campos de concentración, los condenados a trabajos forzados y los que oyen el sonido lúgubre del hacha al caer sobre sus cabezas. ¡Despierta, Europa! Ellos hablan de «kultura», cuando sólo piensan en la guerra. Sólo la unión de todas las fuerzas antifascistas hará imposible que los asesinos del mundo prosigan su bárbaro plan. Ya se ha destruido demasiado.

(«Deutsche Volkszeitung», 19-IX-937.)

los países «democráticos» se repartían entre ellos el abastecimiento de municiones para los fascistas, estaba muy visible en la ofensiva de Quinto; entre otras cosas, yo mismo he tenido en mis manos balas francesas de fusil que los fascistas habían dejado al huir.

No se puede dudar de que el Gobierno vencería a los rebeldes en el momento que no recibieran ninguna ayuda extranjera. Lo que he visto en Madrid del espíritu de combate de los republicanos ha completado mis impresiones del frente de Aragón y me ha dado la certidumbre de la victoria republicana.

Sin haber visto Madrid, no se puede tener una imagen verdadera de esa ciudad: una ciudad donde «ir al frente» significa un pequeño viaje en el tranvía, una ciudad sobre la cual caen diariamente de cuatrocientos a quinientos obuses y donde las gentes están tranquilas como si vivieran la paz más completa, es invencible. Madrid necesita menos policía que París, Londres o Nueva York; el orden es completo y el número de crímenes pequesísimo. Cuando caen los obuses, destruyendo nuevos barrios de la ciudad, los hombres buscan refugio como en otras partes cuando llueve. He visto casas casi cortadas por la mitad por las bombas de los aviones: una habitación había quedado entera y dentro vivían hombres como si nada hubiera pasado. Hoy Madrid es el gran símbolo de la lucha —y no importa que uno sea catalán, castellano, comunista o católico democrático, no hay diferencias en esta lucha.

La impresión más importante que he tenido en todas partes es que si vence la República española, se creará por la primera vez una comunidad popular para la cual no se podrán copiar las concepciones políticas y sociales de ningún orden ya conocido. Y tal vez la idea de una nueva democracia es lo que produce el heroísmo del pueblo español. Delante de este heroísmo, los extranjeros no pueden más que inclinarse con una profunda consideración.

Del día 28 Septiembre de 1937

Los que hablan hoy fuera de España de la lucha entre fascismo y democracia argumentan casi siempre que en la guerra española se trata más bien de una lucha entre dos géneros diferentes del principio dictatorial. Para sostener esta afirmación, indican frecuentemente la falta de libertad religiosa en la España leal. En cuanto esta afirmación quiere significar que el general Franco representa al catolicismo, puedo decir, por mi propia experiencia, lo siguiente: varias veces, la última en Quinto, he visto iglesias utilizadas por los fascistas como fortalezas. He visto en Madrid varias iglesias, que fácilmente podían reconocerse como tales, y que no eran de ningún modo objetivos militares, reducidas sin embargo por los aviones fascistas a polvo y ceniza. No puede negarse tampoco que al estallar el movimiento del 18 de julio de 1936 muchas iglesias se transformaron en base de operaciones contra el pueblo y el Estado.

Reproduciré mejor lo que se piensa de la situación, aludiendo a una entrevista que tuve en Valencia con el ministro de Justicia, Don Manuel Irujo. Como se sabe, es un católico vasco, lo cual quiere decir que es muy buen católico. Al principio de nuestra conversación le hice una pregunta muy directa:

—Excelencia, en el extranjero se preguntan cómo usted, siendo católico ferviente, puede servir al Gobierno español anti-católico.

—El Gobierno no es anti-católico—respondió.

—Pero en todo el país no hay una sola iglesia abierta y es preciso celebrar las misas en casas particulares.

—En Valencia, en Barcelona, en el campo.

—¡Ya lo sé! Y no obstante, le

digo a usted, no por mezclarme en los asuntos españoles, sino como un amigo de la causa democrática, (no hago más que repetir lo que dicen millones de católicos de todas partes del mundo): si el Gobierno español quiere ser reconocido como Gobierno democrático y contar con una ayuda moral o de otra índole en su lucha contra una dictadura, debe demostrar que es un hecho su libertad de pensamiento y de cultos.

—Exacto. Pero tenemos las manos atadas. Desde el momento en que cuarenta y ocho de los cincuenta y un obispos españoles persisten en su actitud pro-fascista, como lo pone de manifiesto la última pastoral...

—¿No podría ser acaso lo que usted llama actitud pro-fascista una consecuencia del incendio de las iglesias y otros actos anticlericales de la España leal?

—Es natural que se intente justificar así la actitud del alto clero católico español, pero con ello no se abarca el problema en toda su profundidad, problema cuyo origen hay que buscar muchos siglos atrás. En el País Vasco nunca hubo tendencias anti-clericales; la Iglesia ha estado siempre cerca del pueblo y por eso el pueblo ha sido fiel a la Iglesia. Le doy un ejemplo: en uno de los últimos combates un comunista herido arrastraba al cura del frente. «Padre, dijo, quisiera creer si pudiese, ¡pero vaya allí! allí hay un camarada moribundo que quiere confesarse...» «Jamás hubo inquisición en el País Vasco y en España todavía se pueden notar sus restos. Desde que el rey y los príncipes —contra la voluntad de los papas—, la han impuesto al pueblo, la jerarquía ha perdido el contacto con las masas y la Iglesia se ha transformado en una Iglesia para la aristocracia, los terratenientes, los banqueros, los ricos, en una palabra, en una Iglesia que ayudaba a todos los que tenían dominado al pueblo, hoy día en una Iglesia del fascismo.

—Pero eso no se puede decir de todo el clero —dijo—; yo mismo conozco otros ejemplos...

—El clero bajo ha tenido una actitud diferente; ha ayudado, por ejemplo en Barcelona, a los sindicatos católicos. Hablo de los príncipes de la Iglesia. «Trono y altar» en España casi significaban lo mismo. De ahí al concepto de altar y explotación social no hay más que un paso.

—Muchos me han dicho lo mismo durante mi viaje, pero no se puede negar que se han quemado iglesias.

—Nadie trata de negarlo —y ningún hombre honrado lo justifica—, aunque hay muchas explicaciones para esto. ¿Ha comprendido usted totalmente lo que ha pasado el 18 de julio? Súbitamente el Estado tuvo contra sí todo su ejército, con excepción de la guarnición de Valencia, de la aviación y de unos regimientos, y se vio obligado a buscar ayuda donde pudo encontrarla.

Antes del 18 de julio, había orden y paz; si había algunos excesos, eran obra de elementos irresponsables y no culpa del Gobierno. Solamente cuando los sacerdotes empezaron a disparar contra el pueblo, la cólera del pueblo se dirigió contra ellos, mejor dicho, contra sus organizaciones políticas, no contra la religión como tal. Se ha visto en las elecciones de qué procedimientos se han servido: han sacado monjas para hacerlas votar contra la República, que incluso en el caso de la muerte de sus padres no tenían derecho a salir del convento.

El Estado se ha visto obligado a emplear cualquier medio de defensa, incluso los habitantes de los presidios y de las cárceles, para mantener las fuerzas necesarias. Es lamentable, pero no era la culpa del Estado y en estas circunstancias no se podía considerar el pasado de hombres dispuestos a sacrificar su vida, mientras que los representantes del orden y de la seguridad se habían transformado en rebeldes.

Es cierto que había muchos ele-

mentos malos entre la gente que nos vimos obligados a llevar al combate y ha pasado mucho que sentimos profundamente. Pero ahora no hay nada más que una autoridad en el país: el Gobierno; nada más que un poder de decisión sobre el mal y el bien: el de los Tribunales y el del ministro de Justicia. Ayer mismo, el Tribunal político de Valencia, compuesto únicamente de no católicos, ha absuelto nueve curas acusados de actividades fascistas. Eran inocentes y por eso los han absuelto.

—No dejaré de comunicar esto a nuestros amigos fuera de España —dijo—, pero ¿no hay aún muchos curas que están en las cárceles únicamente porque son curas? Me han dado un número: solamente en Barcelona, 350.

—Exacto. Pero muchos de ellos están en la prisión para su propia seguridad; en otros casos, es preciso examinar las relaciones políticas. Además, el número de los prisioneros disminuye cada día más, todos los días son libertados algunos. No tardará mucho el día en que todos serán puestos en libertad, se lo prometo. Para mí esto es tan serio, que prefiero dimitir antes que dejar inocentes en la cárcel.

—¿Está usted convencido que el Gobierno español está pasando por un estado transitorio y de que es justificada la esperanza de una libertad religiosa completa?

—Completamente justificada. El Gobierno tiene el propósito decidido de restablecer la libertad completa. Será una libertad verdadera, diferente del estado anterior de nuestro país. Bajo la monarquía, y después, la religión era una cosa forzada, los hombres eran obligados a ser «religiosos», tanto si querían como si no; en caso contrario, ellos y sus familias eran perseguidos. Esto no es el espíritu verdadero del cristianismo. Esto es el espíritu del Estado, las clases superiores que han hecho de la Iglesia el instrumento del feudalismo y del capitalismo y que han provocado por esto en el pueblo una reacción anticlerical aguda. La Iglesia, como yo me la represento ahora, será una Iglesia del pueblo, una Iglesia de justicia social, en el espíritu verdadero de Nuestro Señor.

—Otra pregunta, Excelencia: ¿Usted ha empleado con frecuencia expresiones como «explotación» y «capitalismo»?

—Le agradezco que hable de esto, porque hay interpretaciones falsas. El Gobierno no es comunista, y el Estado no tiene un orden comunista, en absoluto. En cuanto a mí, usted sabe ya que no soy ni «marxista» ni «rojo». Pero soy cristiano y creo que no puede existir un cristianismo sin justicia social. Lo que va contra el pueblo, usted puede llamarlo capitalismo, fascismo, explotación social, feudalismo, repartición no equitativa de las riquezas sociales (como quiera): es anticristiano. Los católicos que no quieren que la defensa de los derechos sociales y políticos del hombre estén en manos de extremistas, deben ser conscientes de sus deberes de cristianos, y esto es lo que yo trato de hacer, y el porqué siendo católico, sirvo al Gobierno de la República española.

A mi regreso a Barcelona tuve ocasión de hablar de estos mismos problemas con el Presidente de la Generalidad señor Companys. Por él también me he enterado de que el Gobierno está decidido a restablecer el orden normal tan rápidamente como sea posible.

«El resultado de esta guerra civil —dijo—, será una nueva democracia social y política y una nueva libertad religiosa, por lo menos nueva para España, que no la ha conocido durante los últimos quinientos años. Si nos ayudan los católicos del extranjero, será útil para su causa.»

Lo mismo, casi, me han dicho los soldados en las trincheras, campesinos y ciudadanos: «Nos alegramos de que hayas venido aquí: ahora sabemos que no debemos confundir a los católicos alemanes y

“HERALDO” EN PARÍS

La lección que está dando al Mundo la juventud española

Entreviú con Jean Cassou

De una entrevista celebrada en París con Jean Cassou, el corresponsal de «Heraldo de Madrid», Fernando de la Milla recogemos los siguientes párrafos:

Jean Cassou, que es, sin disputa, uno de los primeros hispanistas, no sólo de Francia, sino del Mundo entero, me facilita sus impresiones sobre la intelectualidad francesa, desde el punto de vista político, sobre el magno fenómeno de la juventud española —aleccionada y prudente a los veinte años!— y sobre las imprevisibles campañas antifrancesas de algunos núcleos ínfimos, afortunadamente, de la vecina República.

“Ambiciosos, hipócritas y resentidos.”

—La intelectualidad francesa —perdón por la vaguedad de concepto—, está evidentemente dividida con respecto a los términos —muy vagos también— de derechas e izquierdas. ¿Se podría marcar alguna preponderancia? Sí, desde luego. Los intelectuales franceses de izquierda son los más y los mejores. Un simple recuento estadístico establece con toda claridad la mayoría.

Acaso las publicaciones reaccionarias son las que hacen más ruido, porque tienen de su parte el dinero y se pueden permitir unos lujos inaccesibles a sus adversarios.

Son, además, los mejores, porque la inteligencia al servicio de la reacción se niega a sí misma. Un intelectual de izquierda —la clasificación, aunque arbitraria, la capta todo el mundo— no hace más que ejercer la misión natural que su misma inteligencia le confiere. Yo no puedo negar la existencia de intelectuales de derecha de un valor muy considerable. Lo que sí señalo es la dificultad de que sean sinceros. Entre ellos pululan los ambiciosos, los hipócritas, los resentidos. Yo conozco algunos casos patéticos de estos últimos: porque no hallaron la consideración que ellos creían merecer en el sector a que naturalmente propendían, ofrecieron sus servicios a los de enfrente.

“Los sages de vingt ans.”

Uno de los fenómenos que más me conmueven en la España de esta hora, es la plena conciencia de las realidades inmediatas a que han llegado sus juventudes proletarias. A los veinte años, cuando el Mundo parece minúsculo para el aliento de empresa y aventura, vuestros jóvenes se han hecho «sages»: cuidados y prudentes. ¿Se quiere más claro índice de la espléndida madurez de esa raza? En *Espagne on devient sage à vingt ans*. Tiene razón... el enemigo es todavía muy fuerte. Hace días que seaba con un amigo por el puerto del Havre. El «Normandien» alzaba altivo y desafiador, como una catedral del capitalismo. Nos sobrecogió su masa imponente, y mi amigo y yo captamos la lección que su espectáculo nos ofrecía: «Todavía es pronto. Era la misma lección que están dando al Mundo vuestros jóvenes proletarios —me complace repetirlo— sage à vingt ans. ¡República democrática!» Quiere decir lo mismo: «Todavía es pronto.» Las explosiones prematuras dan siempre por resultado los horrores de «La Commune».

“Cuando leo: “Briand, asesino de la paz.”

Ciertamente, no hay unanimidad en Francia respecto a lo que debe ser nuestra política exterior. La lucha política y social interna se refleja en nuestras actuaciones exteriores. Momentos muy confusos, los presentes. Hay socialistas más moderados que los radicales, y radicales más resueltos que no pocos socialistas. Un denominador común, sin embargo, cabe señalar: el profundo pacifismo del pueblo francés. Pero entiéndase bien: el que más probabilidades tendrá de desencadenar la guerra será aquél que caiga en el funesto error de confundir nuestro pacifismo con una prueba de pusilanimidad. Somos pacíficos, porque somos prudentes y equilibrados, y sabemos muy bien que la guerra es una explosión de locura colectiva. Pero cuando el vecino se vuelve loco y atenta a nuestra tranquilidad, por conservar nuestra paz, hay que estar dispuesto siempre a ponerle la camisa de fuerza. Igualmente, la necesidad en que se ven algunos franceses —y a veces, las apariencias de una verdadera traición. Cuando en cierta Prensa reaccionaria algunos grandes títulos como «Briand, asesino de la paz», fracaso rotundamente en mi intento de explicarme, encontrando una razón plausible, qué mecanismo del entendimiento han llevado a algunos compatriotas a secundar las campañas antifrancesas de nuestros más encarnizados enemigos.

Y Cassou se reposa un momento, como rehaciéndose de dolorosa perplejidad.

París, septiembre de 1937.

el pueblo alemán con los asesinos de Guernica.»

Durante los últimos días de mi estancia en Barcelona, apareció otra vez el rumor de que Cataluña tenía la intención de hacer una «paz particular» con Franco, el más absurdo de todos los rumores. Es cierto que Cataluña tiene muchas particularidades culturales y tendencias autonomistas muy fuertes; pero en la lucha por la República, Cataluña no se queda atrás.

Al marchar de España, salgo más convencido que nunca de que la victoria de la República es una necesidad para mantener la paz en Europa, para evitar a Francia el acercamiento fascista y para preparar el camino para la liberación de todos los pueblos oprimidos. Pero como católico, he vuelto de Espa-

ña con la certidumbre de que, a pesar de que pueden existir cosas desagradables, no se pueden ganar las victorias de la idea católica por maldiciones, indiferencia o pactos con los agresores, sino siempre por el amor, la ayuda y la lucha por los derechos de los oprimidos y oprimidos.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN